

## **El peso de las herencias**

**Marianne Ponsford**

**El Espectador – Julio 18 de 2006**

Mucho se habla del misterioso efecto teflón que recubre al presidente Uribe. Y muchas son las razones que se aducen para intentar explicarlo. Su manejo mediático. Su capacidad para la autopropaganda. Su imagen de paisa trabajador. Incluso el hecho de que es un hombre, quién lo niega, bastante bien parecido.

Si uno se fija bien, todas las razones que se aducen son intrínsecas. Aluden al hombre en sí. Pero esa especie de efervescencia analítica del fenómeno uribista olvida el gigantesco peso de las razones extrínsecas. Se olvida el contexto, y se olvida, sobre todo, el peso de las herencias. Olvida el equipaje que traía encima este país.

La popularidad de Uribe y en especial su efecto teflón, es en buena parte un regalo del pasado. Y su éxito es directamente proporcional al vasto desamparo en que se han sentido sumidos los colombianos durante (siendo optimistas y confiando en la mala memoria del votante) los últimos años.

Los colombianos tienen miedo de dejar de querer a Uribe. Un miedo secreto y avasallador. No quieren que les cuenten que el Presidente es lobista. No quieren que les cuenten que el Presidente reparte puestos para pagar favores políticos. No quieren que les digan que irrespeta a su propio equipo de gobierno. No quieren saber que es autocrático. Y, por sobre todas las cosas, no quieren que alguien les diga que el Presidente tal vez no sea capaz de acabar con la violencia en Colombia.

¿Quién lleva puesto encima, entonces, el teflón? El uribista, mucho más que Uribe mismo: teflón es lo que tienen quienes no soportan oír hablar mal del Presidente y contestan con agresividad a quien se atreva a cuestionarlo. Teflón es la terquedad abrumadora con que desoyen lo que no les conviene. Teflón es la necesidad de pasar la página del periódico cuando un columnista señala algún dramático error del Gobierno. De olvidar las malas noticias. De ignorar el creciente número de asesinatos selectivos. Teflón es la incapacidad de asombrarse o de cuestionar la falta de claridad en el proceso de paz con los paramilitares.

Y es un teflón hecho de miedo y de cansancio. Un teflón hecho de la inmensa sensación de fracaso que han dejado los dos gobiernos anteriores. La prueba está en los desastrosos resultados de la imagen del ex presidente Pastrana en las encuestas, un presidente elegido, al igual que el actual, por la fe del votante en su capacidad de acabar con el conflicto interno.

Porque la realidad tiene las más de las veces menos peso que la construcción mental que la colectividad hace de esa realidad. Un ejemplo revelador: el número de personas asesinadas en el marco del conflicto armado durante el gobierno de Uribe (según el estudio de Spagats/Restrepo de la Universidad de Londres) es levemente superior al del período del despeje (cifra de promedio mensual: 255 durante el despeje, 259 durante el primer año y medio del gobierno de Uribe). ¿Qué votante uribista cree que esto es así? El uribista prefiere creer que la violencia ha disminuido porque han disminuido las masacres paramilitares y las tomas de pueblos por parte de las Farc. Si han aumentado de manera alarmante los asesinatos selectivos, el uribista se atiene al menor impacto mediático y por lo tanto psicológico de éstos.

Los colombianos, aunque no se den cuenta, quieren a Uribe por defecto. Es más, no lo quieren. Se aferran a él. ¿Y qué náufrago acepta que se le pregunte qué le parece la calidad del madero al que se abraza en medio del oleaje?

Por supuesto, prefiere no saber.